

Creencias renacentistas sobre la naturaleza y funciones del sueño

Teresa Sánchez Sánchez
Facultad de Psicología
Universidad Pontificia de Salamanca

Resumen

Nuestros sueños, como fenómenos de la vida cotidiana, han preocupado siempre a doctores, investigadores, teólogos y poetas. Durante el Renacimiento, los sueños fueron conceptualizados desde un punto de vista empírico y naturalista, siendo habitual describir sus funciones y significado, así como explicar sus orígenes. Los sueños se erigen en semiótica del estado del cuerpo y la mente. Son utilizados como instrumento de diagnóstico y pronóstico de enfermedades ocultas y de conflictos espirituales. Este artículo revisa diferentes concepciones tomadas de los más conspicuos escritores, investigadores y divulgadores del conocimiento destacados del siglo XVI.

Palabras clave: sueños, concepciones oníricas, Renacimiento, Naturalismo, Racionalismo.

Abstract

Dreams, as a phenomenon of everyday life, have always preoccupied doctors, researchers, theologians, and poets. During the Renaissance, dreams were conceptualized from a naturalistic and empirical viewpoint, used to describe their functions and meanings, as much as to explain their origins. Dreams are raised to the state of a semiotics of body and mind. Dreams are used as an instrument of diagnosis and prognosis of illness and spiritual swings. This article reviews different conceptions taken from the most conspicuous writers and researchers, creators of knowledge of the 16 Century.

Keywords: dreams, oniric conceptions, Renaissance, Naturalism, Rationalism.

PRESENTACIÓN

En este trabajo se van a exponer las creencias más comunes durante el Renacimiento acerca de la naturaleza del sueño, sus causas corporales y psíquicas, sus funciones en el entramado humoral del organismo y su valor semiológico respecto al estado de salud del individuo. A través de divulgadores y ensayistas serios de la época, tenemos ocasión de comprobar que, sobre el sueño, al igual que sobre otros asuntos, el Renacimiento es una etapa llena de paradojas y contradicciones entre lo antiguo y lo vanguardista, entre lo racional y lo esotérico, entre lo naturalista y lo moralizante, entre la tradición y la innovación. Lo sorprendente es constatar las similitudes de algunas de estas conjeturas con teorías psicoanalíticas acerca del sueño que aún tardarían en llegar aproximadamente tres siglos y medio. En cualquier caso, es obvio que los sueños han inquietado y seducido a los pensadores de todos los tiempos y que su conexión con la vida real del soñador se ha buscado siempre, aunque las hermenéuticas hayan naufragado desde lo somático a lo espiritualista, desde el realismo a la soteriología. El sueño contiene indicios, señales, avisos, información, signos o símbolos (en eso estriba la discrepancia), pero siempre es una representación semántica: esto es, portadora de significado.

Para comprender a fondo el pensamiento renacentista acerca del sueño, echamos mano de las obras que lo abordan, de forma periférica y trivial, unas; de forma central, otras. Recurrimos a autores emblemáticos del *Quinientos* español. Todos ellos infundidos por un notable afán pedagógico e imbuidos de una misión: acercar el conocimiento del nuevo hombre y de la nueva sociedad a las gentes, democratizando a través de sus textos el mundo cultural de su época. Seguimos un orden cronológico en la edición de los textos, por si éste guardara relación con la desaparición o emergencia de inflexiones en el tratamiento del tema de los sueños.

1.º PEDRO CIRUELO (1538): *Reprovación de las supersticiones y hechizerías*. Salamanca, Diputación de Salamanca.

La España mágica del *Quinientos* tiene su contrapunto en esta obra de quien fue magistral de la catedral de Salamanca, y uno de los estandartes dentro de la Iglesia del pensamiento racionalista y abierto del renacimiento. El «maestro Ciruelo», achaparrado de complexión pero estilizado de mente, tras formarse en París y trabajar en Alcalá, recaló en Salamanca, donde compone ésta su obra más conocida, vademécum de uso para todos los teólogos y clérigos encargados de aventar la plaga de supersticiones esparcidas por la España interior. Obra, sin embargo, gemela de otra previa de Fray Martín de Castañeta titulada *Tratado de las supersticiones y hechizerías* (1528). La igno-

rancia, la avaricia y la pobreza del pueblo conforman el caldo de cultivo por el que se propagan las prácticas esotéricas ligadas a la medicina popular, así como las creencias mágicas más absurdas, deviniendo una religión popular clandestina. Nigromancias, rituales, brujerías forman parte del acervo común de las gentes. Pedro Ciruelo no se limita a condenarlas como herejías u ofensas a Dios, sino que las combate con sentido común e indulgencia, no siendo otra cosa que expresiones del temor y del desconocimiento de las verdaderas causas naturales de los fenómenos. Admirador inveterado de las matemáticas, a las que aspira a someter hasta a la Teología, no usa sino la lógica y la racionalidad nominalista hegemónica en la época contra estas desviaciones que perjudican a sus practicantes más que a la Iglesia. Su *Reprovação* consta de un prólogo y tres partes. Es en la segunda parte, en su capítulo 6, donde se concentra en analizar y rebatir la oniromancia –tras hacer lo mismo con otras mancias frecuentes.

En efecto, el uso de los sueños como presagio de acontecimientos futuros es, a juicio de Ciruelo, no sólo un error, sino un pecado. Lo equivocado y lo maligno van aparejados, pues las creencias y suposiciones erróneas son las fórmulas de que se vale el diablo para realizar su influencia. Ciruelo contempla tres causas de los sueños:

a) *Causa natural de los sueños*: las alteraciones del cuerpo producidas por el cambio en sus humores. En ocasiones, los sueños expresan un cambio morboso en la naturaleza o el funcionamiento de los órganos, de donde procede que el médico pueda tomarlos en cuenta como signos diagnósticos. La semiología del sueño no tiene aquí alcance simbólico, sino sólo de señales médicamente significativas de los cambios humorales, precursoras o desencadenantes de enfermedades.

La causa natural es por alguna alteración del cuerpo del hombre, que ay tanta concordia entre el cuerpo y la ánima del hombre que, según es la alteración del cuerpo, tales phantasías representa el alma. Puede venir nueva alteración del cuerpo en el hombre: horas ay, por causa intrínseca de los humores que se mueven dentro del cuerpo, que, si se mueve la cólera, sueña el hombre cosas coloradas de fuego o de sangre; si se mueve la flema, sueña cosas claras de agua o de bavas; si la malencolía sueña cosas negras, oscuras y cosas tristes de muertos, etc. Y, por esta razón, los médicos, quando curan de algún enfermo, le preguntan si a dormido y qué es lo que a soñado, por saber de allí qué humor reyna en él, y por ende saber de qué manera lo a de curar (p. 94).

Otros factores que influyen de forma natural son el calor-frío, la sequedad-humedad. Siendo los mismos ingredientes que conforman y deciden la tipología del carácter y hasta el tipo de ingenios y habilidades que distinguen a cada persona, no es extraño que se les responsabilice de todas las producciones del cuerpo, incluidas los sueños. Por ello, si los sueños significan algo es el estado presente del cuerpo, no el futuro, y si algo adivinan son los cambios ambientales y meteorológicos.

b) *Causa moral de los sueños*: El sueño posee una virtualidad descifradora importante: aporta las claves para la solución de problemas o asuntos que ocupan y preocupan a los hombres. Es así porque la tarea de pensar, relacionar, comprender y buscar soluciones no se detiene durante el reposo, antes al contrario: prosigue de otra forma más eficaz, no estando el hombre distraído por otros estímulos ni absorbido por apremios más inmediatos. Es propio de hombres cultos y de trabajo mental. ¿No supone esto, acaso, la postulación de un pensamiento onírico preconsciente que podríamos catalogar de inconsciente cognitivo, capaz de lograr *insigth* creativos y reorganizaciones gestálticas de los problemas distintas a las que se producen durante la vigilia?:

La causa moral de los sueños a lugar en los hombres de negocios o de letras, que, por la mucha atención que de día ponen en las cosas en que se ocupan, la phantasia del hombre está muy puesta en pensar de aquellas cosas. No solamente quando vela, mas aun durmiendo representa muchas de aquellas cosas; y algunas vezes ordenadamente, otras desconcertadamente. De aquí viene que los que andan muy cobdiciosos en mercaderías o en pleytos o en quistiones muy dificultosas de ciencias algunas vezes en sueños aciertan mejor en ver lo que deven hazer y en qué se an de determinar en sus cosas, que quando velan y se fatigan en pensar mucho en ellas. La causa es que, durmiendo, está la phantasia del hombre más desocupada que velando, quando tiene los sentidos abiertos y se le ofrecen y atraviesan muchas maneras de cosas, que unas estorvan a otras (p. 95).

c) *Causa divina (o teologal)*: La tradición bíblica veterotestamentaria (recuérdense los sueños de José) se expresa en este tercer concepto. En efecto: descartada la función adivinatoria y premonitoria (aunque Ciruelo admite la función retrodictiva de los sueños), el autor de la *Reprovação* mantiene la consideración de los sueños como vehículo de manifestación de la divinidad. Tal vez, por ello, se hayan prestado tan desmesuradamente a la metodología hermenéutica; al igual que Hermes (Mercurio) es el mensajero de los dioses que allega sus comunicados a los mortales, el sueño es el correo donde podemos hallar codificados los misterios divinos. Dios hablaba a sus profetas y elegidos entre sueños, pero también el Diablo acude a este recurso a través de sus nigrománticos y de los que con él pactan poderes extraordinarios. En ninguno de los dos casos, se cuida mucho de señalar Ciruelo, se puede presagiar la fortuna o lo porvenir, sino mensajes vinculados con las necesidades del presente:

La diferencia que ay entre esas dos maneras de revelaciones es esta: que en la revelación de Dios o del buen ángel no se haze mención de cosas vanas, ni acaesce muchas vezes, sino por algunas cosas de mucha importancia, y que pertenece el bien común del pueblo de Dios y, con la tal visión, queda el hombre muy certificado que es de buena parte, porque Dios alumbrá el entendimiento del hombre y lo certifica de la verdad. Mas en los sueños de los nigrománticos y adivinos no ay tal certidumbre y vienen muchas vezes y sobre cosas livianas, y queda el hombre cegado y engañado del diablo... (p. 95).

Concluimos que, huyendo de las supersticiones, no puede eludir las básicas que forman parte del bagaje teológico de la Iglesia de entonces –y aún de ahora. Su insistencia primordial no es tanto evitar la superstición, cuanto contrarrestar el abuso de ceremonias esotéricas y misteriosóficas que se llevaban a cabo en la impar Cueva de Salamanca. Ciruelo intentaba frenar el avance del poder de influencia de Satanás entre el pueblo, no escapando él tampoco a esta premisa indiscutible. Por lo tanto, mal podría Ciruelo deshechizar, estando él mismo impregnado de este halo mágico; poco aséptico puede ser quien está contaminado. Como acertadamente señaló L. S. Granjel:

... interesa mostrar la postura, ciertamente compleja, entre crédula y escéptica, con que escritores como Castañeta y Ciruelo enjuiciaron las artimañas de magos, brujos y hechizeros, de ensalmadores y saludadores. Creyeron, desde luego, en el efectivo poder de tanto iluso o avisado servidor de Satanás y a tal creencia les empujaba, sobre todo, una actitud ideológica tan enraizada en la sociedad de que formaban parte, que hurtar el propio criterio a su influjo resultaba empresa poco menos que imposible (1980, p. 150).

2.º LUIS VIVES (1538): *Tratado del alma. De anima et vita*. Madrid, Austral, 1957, 3.ª ed.

He aquí una de las más sistemáticas y aceptadas visiones del sueño. He aquí una visión naturalista y plenamente renacentista, concordante con los tópicos culturales del momento. El sueño es consecuencia de la cesación de los sentidos (vacación de los sentidos, dirá Villalón). El origen del sueño es:

... la evaporación del alimento, por escaparse los efluvios que rodean los nervios hasta impedir la función de los sentidos, que durante la vigilia están en libertad, y como atados en el sueño. Aquel vapor sube al cerebro, donde adquiere materia húmeda y fría, y con ella se humedece y condensa más; luego se difunde por todo el cuerpo a manera de nube. Dormido, el animal se desploma, incapaz de sostenerse, pues acometidos de sopor sus nervios, cuyo origen está en el cerebro, dejan de realizar sus funciones los sentidos y miembros todos (105).

El sueño sobreviene de forma gradual: se centra, primero, en la parte anterior de la cabeza, apaga los ojos, relaja las mejillas y los maxilares (bostezo), inunda el sentido común produciendo un desfallecimiento de todos los sentidos exteriores. La virtud regeneradora y reparadora del sueño es explicada por Vives como consecuencia del retorno de los efluvios al interior del cuerpo, efluvios que, durante la vigilia, están involucrados en los distintos trabajos de los órganos y de los músculos. Esta razón vale también, a juicio de Vives, para comprender la hipotermia que invade el cuerpo

exterior durante el sueño, así como la ligazón existente entre digestión y sueño: «porque mientras se descansa cumple mejor que estando despierta sus funciones la facultad vegetativa del alma» (p. 105).

Los *factores naturales* que impelen al sueño son: la fatiga derivada del ejercicio físico y de los trabajos manuales y corporales, pues consumen el calor natural e inducen esa frialdad y humedad cuya combinación es el sopor. También el sueño es fruto del cansancio del alma, bien causado por estudio excesivo, tristeza o cualquier pasión debilitante. Los factores ambientales que inducen al sueño son la relajación, el silencio y la soledad porque –y aquí acude a la teoría de los humores– «entonces reposa la bilis y se refrescan los humores»; los inductores climáticos más proclives al sueño son: la lluvia y el invierno, los inductores temporales: la noche y la siesta.

También se pronuncia Vives acerca de los *factores emocionales*: éstos son razón principal del insomnio, del brusco y precipitado despertar, de la agitación en el dormir. Señala como pasiones más perniciosas a este respecto: el miedo, el deseo y la ira. Durante el sueño quedan los sentidos atrapados y no pueden zafarse de esa atadura, aun cuando existan inconvenientes al dormir: el cuerpo persevera por seguir dormido: «mientras no se desvanezca hasta cierto límite la evaporación no cesa el dormir, esto es, la lucha del sueño con las funciones de los sentidos» (p. 106).

Encontramos un anticipo de la idea freudiana de que el soñar es el guardián del dormir, expuesta en *La interpretación de los sueños* (1900), dado que el sueño guarda al hombre de fatigas, le reconforta y recupera para devolverlo a las exigencias de la vida. La metáfora sueño = muerte, que veremos en autores posteriores más claramente, aparece también aquí, si bien es para Vives un estado intermedio –ese fenómeno «entre dos luces» al que se refiere Erdelyi– entre la vida y la muerte, «de suerte que quien duerme no puede decirse que está muerto, ni aparenta vivir» (p. 107).

3.º PEDRO MEXÍA (1540): *Silva de varia lección*. (Ed. de Antonio Castro). Madrid, Cátedra, 1989.

Pedro Mexía es un autor «de índole menor», mediocre, borroso y misceláneo (J. Gómez, 2000). Sevillano de origen, estudió en Salamanca y mantuvo correspondencia con Erasmo y otros autores reputados, aun cuando la crítica le acusa de tomar del erasmismo los asuntos más intrascendentes y fútiles, no atreviéndose con los de más grueso calado. La obra es un «centón de anécdotas», una poliantea donde se toca todo y nada. Una suerte de enciclopedia divulgativa en la que se actualizan temas de índole científica, histórica o moral (A. Castro, 1989). Como su nombre indica, *Silva* (selva) reúne una amplia diversidad de producciones que cual la flora de una selva pudieran interesar a cualquier hombre culto o curioso. La miscelánea como género

literario y ensayístico estuvo de moda durante los siglos XVI y XVII. Amena, sin tener que recurrir a la ficción, y pedagógica sin acudir al ensayo erudito. Los méritos más sobresalientes de una *Silva* son (A. Castro, 1989): variedad, brevedad, concatenación, interconexión, sencillez y didactismo. La obra enseña y ejemplariza, informa y entabla polémica alrededor de asuntos de verdad borrosa y discutible, lo que sirve de pretexto para difundir las teorías amasadas a favor y en contra del asunto de que se trate.

La *Silva* fue éxito de ventas en Europa (32 ediciones en castellano y varias en otras lenguas europeas), constituye una obra laica para el consumo de las masas, perfectamente digerible por las clases populares, de lenguaje fácil, plagada de anécdotas, ejemplos ilustrativos y remembranza de los clásicos. Despeja del tedio solemne de la literatura medieval, tan elitista y erudita, forma e instruye a la par que divierte. Pese al pomposo y omnitemático título, *Silva de varia lección*, no compone ni supone una cosmovisión, ni menos un reglamento normativo que seguir para bien vivir en el mundo. Tampoco innova. ¿Cuál es su mérito, pues? Sin duda: democratizar el conocimiento disponible, dar dignidad al pueblo a través de su adiestramiento cultural, desprendiéndole de las tinieblas de la ignorancia. A diferencia de los diálogos platónicos o ciceronianos, no se persigue la verdad inquisidoramente, sino que se da por supuesta de antemano.

En diversos momentos de la obra aborda el sueño (premonitorio, pesadillas, anticipatorio y simbólico). El sueño se manifiesta de forma diferente según sea la condición social, física, intelectual, temperamental e imaginativa de las personas. Así, por lo tanto, no es igual en un amo que en un criado, en un obeso que en un flaco, en un listo que en un lerdo, en un reflexivo que en un imaginativo, en un impulsivo que en un cauteloso. Siendo la facultad o potencia imaginativa la que mayor participación tiene en el sueño de los espirituales, cerebrales y espigados, al contrario que la pesadez digestiva, la ingesta excesiva de vino y la falta de entendimiento la que dirige el sueño de los endomorfos, ventrudos y terrenales. Pero es en el cap. XXXV de la parte II de la *Silva* donde destila las conjeturas del *Quinientos* sobre la naturaleza y funciones del sueño:

El sueño es un adormecimiento y descanso de todos los sentidos, que se causa de la evaporación y humos del estómago y manjar que suben al cerebro, donde, templándose aquel vapor cálido con la frialdad (del cerebro), desciende y adormece los movimientos y sentidos exteriores; y, retrayéndose el espíritu vital al corazón, los miembros se adormecen y descansan de su trabajo, hasta que, aviendo cobrado el espíritu vital que es instrumento y veículo con que el ánima haze sus operaciones y gobierna y manda todo el cuerpo nuevas fuerças, y cessando o menguando los vapores, el hombre despierta y los sentidos y potencias tornan a hazer con más fuerça sus operaciones (II, p. 273).

Las fuentes de que bebe son Aristóteles, Plinio, Ovidio, Sagradas Escrituras, clásicos como no podía ser de otra manera tratándose del Renacimiento. La causa pretende

ser plenamente naturalista, en tanto que el significado y sentido de los sueños conserva su dosis de esoterismo. La correcta función del sueño es el descanso, pero desaconseja su exceso e inmoderación porque entorpece el cuerpo y los sentidos, y los espíritus vitales de los sabios se igualan a los de los necios. ¿A qué peregrino ardid recurre para explicarlo? Nuevamente a la teoría humoral: al no haber actividad corporal, la humedad no se evapora (mediante la sudoración), queda retraída en el interior del cuerpo y, sabido es, estropea y corrompe. Equipara sueño y muerte, también él, pues priva de adquirir conocimientos, sensaciones, mejoras: «el que duerme no tiene más valor ni saber, mientras duerme, que si fuese muerto» (p. 275).

Repetición y tópicos, no contrastados empíricamente, aceptación acrítica de la *auctoritas* clásica, sin que los veinte siglos acumulados desde la doctrina grecolatina hayan modificado ni siquiera matizado un ápice las creencias mágicas sobre los sueños. Nada nuevo bajo el sol.

4.º BERNALDINO MONTAÑA DE MONTSERRATE (1551): *Libro de la Anatomía del hombre*. Madrid, Instituto Bibliográfico Hispánico, 1973.

El Marqués de Mondejar, D. Luis Hurtado de Mendoza, en coloquio con el Dr. Bernaldino Montaña de Montserrat, médico de su majestad, le expone un sueño que se convierte en un trasunto de una lección de anatomía sobre el cuerpo humano. El uso del simbolismo es muy transparente y sirve de excusa para presentar la concepción renacentista sobre la estructura y fisiología del cuerpo humano. El diálogo, una vez más, obedece a una intencionalidad educativa: para lograr que el lector comprenda el cuerpo por dentro y por fuera, le presenta un símil conocido: una casa con muchos compartimentos y obreros. La comparación está al servicio del didactismo y de la apología de una nueva actitud científica ante el mundo, de la que quedan desterradas la magia y las supersticiones. El papel del ignorante lo representa el Marqués (mecenas y benefactor, poderoso y honrado, pero lego en asuntos médicos), en tanto que el papel del sabio (parangón del humanismo) lo representa el doctor. Puede entreverse la dialéctica tinieblas-luz, razón-superstición, ignorancia-sabiduría, presente en todo el Renacimiento. Convertirse en el hombre nuevo preconizado por Erasmo acarrea tener sed de certezas, necesidad de aprender.

El sueño nuevamente no es más que un ardid retórico para construir una figuración, un retrato literario de la naturaleza, estructura, partes y funciones del cuerpo. No existiendo las fotografías, el único daguerrotipo posible es el cuadro verbal, minucioso y florido del ensayo literario (novela, coloquio o disertación).

No hay duda que este texto constituye el más extenso y relevante de todos cuantos durante el Renacimiento abordan el tema del sueño. Lo que en los libros anteriores

y posteriores son meros pespuntes o pinceladas, aquí emerge como la arteria central y su hilo conductor. Sorprende encontrar 350 años antes de *La interpretación de los sueños* (1900) la insinuación del mismo método hermenéutico desarrollado por Freud, de tan controvertida fortuna desde entonces. Tras la exposición del relato del sueño (contenido manifiesto o «sustancia onírica»), procede a desmenuzar los fragmentos del sueño (análisis fragmentario y asociación libre de las ideas, sensaciones o pensamientos homólogos), y los somete a un análisis que habrá de desvelar el «pensamiento onírico» completo y oculto. El método hermenéutico usa prolijamente de la interpretación simbólica, en lo que enlaza con la tendencia más recidivante de la interpretación de sueños. El sueño consiste no más que en la exposición de las equivalencias entre una casa (fortaleza) y sus piezas y elementos arquitectónicos. Cada una simboliza una parte de la anatomía. Veamos el manejo de dicho simbolismo:

CONTENIDO MANIFIESTO:	CONTENIDO ALUDIDO:
(RELATO DEL SUEÑO)	(EQUIVALENCIAS ANATÓMICAS)
<i>Lo que se sueña</i>	<i>De lo que habla, lo soñado</i>
Casa (con fortaleza)	= Cuerpo de mujer embarazada
Cuarto bajo (matriz)	= Evacuación de desechos (menstruación)
Puerta cerrada	= Himen
Fortaleza en formación	= Feto en crecimiento
Maestro arquitecto	= «Espíritu generativo» (se desconocía el semen como portador de la vida)
Materiales para la obra	= Sangre
Bóveda que cierra construcción (niño)	= Secundina (placenta)
con agujero para la entrada del aire	= Cordón umbilical
Albañal desaguadero	= Salida de la orina del feto
Estufa que calienta la fortaleza	= Corazón del que salen arterias
Composición en tres cuartos	= Cabeza, pecho, vientre
Ventanas (livianas) para aportar aire fresco mediante pajes	= Pulmones
Zaguán	= Músculos
Flauta	= Boca
Cocina con dos puertas	= Cuello (conecta con los pulmones)
32 mozos de cocina	= Estómago, con entrada (esófago) y salida (intestino)
Chef de cocina	= Muelas y dientes
	= Lengua (prueba los alimentos)

Aparador que recuece los alimentos	=	Hígado
Coladeros laterales del agua	=	Riñones
Cueva donde se almacena el agua	=	Vejiga
Cuarto de arriba	=	Cerebro
3 cámaras	=	3 ventrículos
que contienen libros:	=	Potencias del cerebro:
1) Libros de fábulas	=	Imaginativa
2) Crónicas e historias	=	Memoria
3) Principios y causas	=	Entendimiento
Alcalde o gobernador de esta cámara	=	Espíritu
Ventanas de la cámara principal	=	Sentidos exteriores (ojos, nariz y oídos que dan cuenta del exterior)
Espalda de la librería	=	Columna vertebral
Vergas que salen de la espalda para mantener despierta la fortaleza	=	Nervios sensitivos y motores
Cubierta de la fortaleza	=	Cráneo
Cuando la fortaleza se envejeciese, crear nuevos esclavos (prisioneros) para edificar otra nueva	=	Testículos
Esclavos aprovisionadores	=	Brazos
Esclavos desplazadores	=	Piernas
Princesa que se aposentó en la casa	=	Alma intelectual
Fortaleza que crece tanto y da tanto agobio que ha de salir de la casa	=	Parto
Fallo y derrumbe de la fortaleza y sus moradores	=	Envejecimiento y enfermedades
Abandono de la fortaleza por parte de la princesa	=	Muerte

A partir del segundo capítulo, se procede a la réplica (interpretación) por parte del doctor Bernardino Montaña del sueño manifiesto. Las equivalencias vienen resumidas en la columna de la derecha. Si hasta aquí se ha dado cuenta del sentido del sueño, desde el fol. CXVII v hasta el fol. CXXIV v se explica su procedencia, utilidad y lugar dentro de la fisiología y la psicología del hombre.

La primera función reseñada es el descanso con objeto de que los espíritus vitales puedan rehacerse y recuperarse y así proseguir sus obras en lo sucesivo:

De aquí resulta la definición del sueño que es impotencia y privación del cerebro por algún tiempo limitado para ejercitar perfectamente sus obras en cuanto a los sentidos y movimientos voluntarios (fol. CXVIII).

Admite Montaña que la impotencia del cerebro que induce al sueño es el recogimiento de los espíritus vitales al *coraçon*, bien sea producido de forma natural o por accidente (golpe, impresión fuerte, etc.). Una vez restaurados los espíritus vitales en el *coraçon* pueden volver al cerebro para reanudar sus obras. ¿Acaso está fuera de lugar o traída por los pelos la equiparación de este supuesto explicativo y la teoría de la retracción narcisista que se produce en el sueño, según el psicoanálisis? Sustitúyase el término *coraçon* por el término *yo* y se trata de la misma hipótesis.

Tenemos, por otra parte, que Montaña sitúa el motor de la vida en el corazón: es el productor de espíritus vitales (el epicentro de la vida humana, en suma). Bombea al cerebro el suministro necesario para la conservación de la vida y allí los sobrantes espíritus vitales se transforman en espíritus animales capaces de sustentar el mantenimiento corporal de todos sus miembros, sentidos y músculos. La inhibición del movimiento y de las percepciones sensoriales (sentidos exteriores), así como de las funciones interiores (pensamiento, memoria, decisión), produce el consabido letargo corporal: motriz, sensorial e intelectual. El retraimiento de dichos espíritus está relacionado –siempre según Montaña– con el enfriamiento o hipotermia que tiene lugar en el cuerpo durante el sueño.

Siguiendo el esquema aristotélico sobre las causas, si la causa material es la retirada de los espíritus vitales del cerebro al corazón, la causa eficiente es la producción de vapores corporales emanados durante la digestión:

ayudan al sueño algunos vapores que se levantan de la comida, los quales embarazan y cierran el camino por donde van los dichos espíritus vitales del coraçon al cerebro, es a saber, las arterias corporales cuya opilación (obstrucción) quando es grande havemos dicho que haze sueño grande y violento: y agora dezimos que quando es ligera y procede de causa natural concurriendo con ella el recogimiento de los spiritus hecho de naturaleza es causa de sueño natural (fol. CXIXv).

Se pregunta a continuación Montaña cuál es la razón del sueño, si es que la hay, y si tiene algún valor de verdad. Desestima completamente la oniromancia, pues no atribuye ninguna verdad a las imágenes contenidas en los sueños: «es un conocimiento falso que acaece tener mientras dormimos» (fol. CXXII). ¿Por qué discrepa tan tajantemente de la visión de los demás autores? Montaña, doctor de la Corte y científico, es el más naturalista y aristotélico de todos ellos. La razón de que emerjan las figuras en el sueño es llamativa y con muchos recovecos. Piensa el autor que las impresiones

sensoriales pueden ser débiles o fuertes; cuando hay una impresión fuerte que se antepone a una débil, ésta no revela su existencia, pero he aquí que, al estar dormidos, la carencia de impresiones sensoriales directas fuertes permite que vuelvan a primer plano las impresiones débiles. Supone Montaña una especie de almacén de imágenes o depósito de fantasías. Durante la vigilia, el sentido común desestima echar mano de ellas, pero, cuando se duerme, el sentido común por no estar vacante, las aprovecha y compone la imagen del sueño. Nuevamente y, para no escasa sorpresa, encontramos similitudes con la teoría freudiana de la huella mnésica, de los restos diurnos, de las alucinaciones oníricas y de esa «idea del sueño» que se abre paso cuando todos los demás sistemas de alerta y vigilancia (censura) están entorpecidos por el sueño:

Allende desto digo que las figuras de las cosas que se alcançan por los sentidos exteriores reservadas en la fantasía y en la memoria en el sueño se representan a vezes al sentido comun y aunque su representación sea flaca y de poca fuerça, pero en ausencia de otra cosa de mayor fuerça mueven el sentido y hazen aquella representación falta como si la cosa fuesse presente (fol. CXXIIv).

Es probable que Montaña hubiera leído al maestro Ciruelo, porque las mismas teorías de éste relacionando el sueño con los cambios climáticos o con las alteraciones humorales están presentes en este laborioso estudio de anatomía:

- * Sueños con agua = Abundancia o anticipo de lluvias o exceso de flema.
- * Sueños con viento = Aviso de turbulencias o expresión de cambios corporales.
- * Sueños en rojo = Exceso de masa sanguínea.
- * Sueños en negro = Exceso de melancolía o bilis negra.
- * Sueños de calor = Indicio de fiebre o de materias o sustancias indigestas.
- * Sueños asquerosos = Señal de putrefacción o corrupción (enfermedad grave).

Descarta, como hemos dicho, la oniromancia; los pronósticos basados en sueños le parecen mágicos, oportunistas y falaces. No hay que sucumbir a la temeraria credulidad de los simples e ignorantes, dispuestos a abrazar supercherías y quimeras. El sueño es una falacia, fruto de la confusión y del cansancio. Las representaciones del sueño están distorsionadas: agrandan, achican, engordan, enflacan, juntan o separan elementos, cual hacen los espejos deformantes con el objeto que presuntamente reflejan (nueva coincidencia con la teoría freudiana de la deformación onírica y sus mecanismos de deformación, condensación, desplazamiento, etc.).

El valor de los sueños consiste en aportar una autopercepción distinta de las ordinarias (basadas en la información procedente de las sensaciones corporales de nuestros sentidos exteriores), capaz de «radiografiar» el estado corporal interno (en clave galénica: frialdad/calor, humedad/sequedad). El sueño es un mensajero, sí, pero no de

los dioses, ni vehículo de códigos, símbolos universales y transpersonales o portador de claves morales para seguir en el futuro. Habla del cuerpo y el alcance del mensaje no va más allá del cuerpo mismo. Montaña de Montserrat es un intérprete homeópata de los sueños, por extraño que parezca, como lo eran la mayor parte de los médicos renacentistas de ascendencia hipocrático-galénica, previos a Servet, Vesalio y Sabuco.

5.º ANTONIO DE TORQUEMADA (1553) y (1570): *Coloquios satíricos y Jardín de flores curiosas*. En *Obras Completas*, Madrid, Biblioteca Castro, 1994.

Del origen del autor se sabe poco –probablemente astorgano y converso–, si bien conviene clarificar que nada tiene que ver con el dominico inquisidor de aciaga memoria. Estudiante temprano en Salamanca, de la que no consta título universitario alguno, aventurero, curioso e impresionable, fantasioso y erudito humanista sobre un abanico temático difuso, crédulo de cuanto caso y cosa extraña oyera, conversador y amigo de combinar en la recreación lo racional y lo disparatado. De cuño erasmista, sus *Coloquios* pretenden ser un varapalo crítico y mordaz a la sociedad de su tiempo. Repasa y burla el juego, la glotonería, la obsesión de la honra y la presunción de los nobles. El relato del sueño (manifiesto y, por supuesto, mero ardid retórico del ensayista para ejercer su noble función moralizante) se inserta en el curso de un coloquio pastoril cuyo tema anticipa y comulga con otros tantos diálogos sobre el amor del Renacimiento. Para sustraerse a la acusación de frivolidad, Torquemada envuelve el relato en una intención pedagógica: para acceder a la Edad de Oro del hombre es necesario instruirle sobre los engaños y peligros del mundo. Uno de ellos, claro está, el amor. El aviso moral del texto utiliza el sueño para escenificar todas las lecciones y consejos del humanista.

Entorno apacible y pastoril, prolongada caminata, prado invitador, metáfora del castillo, idílico paisaje floral y animal, piedras preciosas confeccionando la fortaleza..., evidente idealización de tinte muy garcilasiano. El sueño aquí relatado es una sucesión encadenada de metáforas sobre los hitos y tópicos de la vida humana, con el recurso a los factores trascendentes que van tejiendo la vida del hombre. ¿A qué ha de enfrentarse Torcato, insigne representante del género humano? Pues a la fortuna, la muerte, el tiempo y la crueldad. Los cuatro elementos figuran los interlocutores con los que el hombre debe librar una contienda a lo largo del tiempo. Salir triunfador de todas estas lizas obtiene el beneficio de la salud, la vida prolongada, la bienaventuranza y la paz interior y exterior. Sucumbir a sus imprevistos o insidiosos golpes acarrea males, muerte, destrucción y rencillas. El sueño deviene una dramatización simbólica e iconográfica de los elementos que componen al hombre, sobre todo su entendimiento y su espiritualidad. Dramatización porque cada elemento arguye prolongadamente sus

quejas, cual coro de las tragedias griegas, reverberante o anticipatorio del porvenir. Los diálogos son múltiples y se suceden siempre de dos en dos: Torcato contra Fortuna, Muerte contra Torcato, Tiempo contra Torcato, Crueldad contra Torcato. El sueño narrado en estos *Coloquios satíricos* tiene una pátina ejemplarizante y moralizante, es coactivo y anticipatorio, exhorta a proseguir el buen camino, no desdeñar la buena fortuna, no quejarse en vano de pequeños contratiempos que nada son frente a la muerte y su cortejo: enfermedad, vejez, dolor, no malgastar el tiempo fugaz que a cada cual se le asigna en persecuciones o afanes inútiles.

Se alude de corrido al mecanismo de condensación en el sueño: cosas muy diversas y extrañas entre sí se funden y aparejan como si fueran familiares. Los recursos retóricos implícitos en el relato del sueño son típicos de la época y el texto resulta próximo a los de Antonio de Guevara, sobre todo su *Relox de Príncipes*. La obstinada presencia de la mitología (seres, figuras y formas paranormales o sobrenaturales) sirve para encarnar fuerzas no personales. La reificación de esas fuerzas abstractas, la grandilocuencia, la paradoja y la hipérbole son ingredientes que completan un cuadro pretendidamente desgarrador que prelude el Barroco. El efectismo está garantizado: el lector queda sobrecogido, alarmado y presto a cambiar el signo de sus errores.

El sueño cumple una función moral y lo esotérico sólo es el decorado que sirve para ensartar la gran moraleja central del Renacimiento: la lujuria, los placeres del sexo y la ensoñación amorosa conducen al hombre a su perdición, a la muerte.

En el *Jardín de flores curiosas*, plagado de alusiones al demonio y a entes sobrenaturales malignos, se mencionan de pasada dos aspectos interesantes: la capacidad del sueño para satisfacer deseos ilícitos o imposibles (concupiscencia, codicia) durante la vida vigil y el sonambulismo como una modalidad de sueño que puede ser peligrosa, si no se sabe discernir de la vigilia y aguardar al momento en que el soñador esté pronto a despertar por sí mismo.

6.º CRISTÓBAL DE VILLALÓN (1555): *El Cróton*. (Ed. de Asunción Rallo), Madrid, Cátedra, 1990.

Cristóbal de Villalón, autor de este texto, es un autor presumiblemente vallisoletano, licenciado en Teología en Salamanca, firme creyente de que la primera tarea de un humanista consiste en leer, en empaparse de una cultura poliédrica. Sólo así se despierta el alma del sueño de la ignorancia, vacación del espíritu y letargo espiritual, y se abre a la sabiduría (la dialéctica ignorancia – sabiduría es omnipresente en las obras renacentistas). Como buen humanista bebe de todas las fuentes clásicas, en particular de Luciano, Plutarco, Homero, Ariosto, Virgilio, Lucano y Pitágoras. Sus textos y doctrinas se expresan a través de la voz del narrador o de alguno de los participantes

en sus diálogos. Practica con dichos autores lo que hoy aceptaríamos como plagio o intertextualidad, pero que en el XVI era una moneda corriente: la *imitatio e imitatio* compuesta (compilación combinada de las ideas principales de autores relevantes), bendecida por la coartada de la divulgación para las clases populares de teorías complejas, de suyo reservadas para paladares exquisitos e inasequibles para el profano. El título nos pone sobre aviso de que se puede cumplir el noble propósito de instruir, al tiempo que se divierte o escenifica una fábula (farsa, chanza, entretenimiento, donaire): crotalón significa ‘juego de sonajas’. No se renuncia por ello a la admonición, advertencia, exhortación y adoctrinamiento: el hombre nuevo ha de nacer despertándose del sueño de la inconsciencia (=ignorancia) acerca de lo que le rodea. La apariencia es, pues, lúdica y dulce. La esencia es seria y trascendente.

La escenificación de la obra es la siguiente: superficialmente se trata de 20 conversaciones (diálogos) entre un gallo (metáfora de la conciencia y la lucidez) y un zapatero (símil de la simpleza, la ceguera ignorante y el hombre viejo). Los diálogos suceden al alba y suministran al zapatero una dosis de ideología, reflexiones y juicios que irán operando su metamorfosis gradual desde la estulticia a la agudeza, desde la opacidad de las tinieblas hasta la transparencia del conocimiento. El originario sueño del gallo de Luciano brinda un ejemplo de la dialéctica fantasía-realidad, aprovechada y repetida en el Renacimiento. En ambas épocas y circunstancias, lo soñado es tomado por verdadero aun cuando se viste con el ropaje de la fantasía: el disfraz irracional vela y elude la censura y la alarma que sobrevendrían de ser un discurso diurno. Esta idea anticipa la teoría psicoanalítica de lo inconsciente como genuinamente real, en oposición a la conciencia como falaz y adventicia máscara de la verdad. El sueño es el puente a través del cual se produce el cambio desde la inconsciencia a la autoconciencia, pero también es el vehículo sobrenatural mediante el cual el soñante accede a un tipo de verdades que se le escapan durante la vigilia. Villalón se sitúa, por tanto, en la órbita del sueño como código de mensajes cifrados. El gallo canta, y en el entrevero de la preconsciencia, emite palabras (señales manifiestas) que hay que descifrar para extraer provecho en la vida propia. El sueño es también pretexto estilístico dado que permite presentar una poliantea de temas diversos, sin orden ni sistema, semejando el caos del sueño. Sirve para disculpar la falta de racionalidad o el divagar fugitivo de asunto en asunto cual ocurre en la sucesión informe de las elaboraciones oníricas. Sitúa esos sueños al final de la noche: «... donde el estómago hace la verdadera digestión, y entonces los vapores que suben al cerebro causan los sueños y aquéllos son los que quedan después» (p. 84).

Se sigue aquí la teoría aristotélica del sueño, resultado de sensaciones reales acumuladas (= los restos diurnos de que hablaba Freud), desdeñosa de la teoría mágico-sobrenatural. La premisa comúnmente aceptada de la época es la siguiente: las imágenes recogidas por los sentidos durante el día y ulteriormente grabadas en la me-

moria producen, ora composiciones coherentes y bien concertadas (cuando el cerebro está sano y el cuerpo efectúa sus digestiones correctamente), ora disparates por exceso de algún humor o calidad (la teoría de los cuatro elementos de Empédocles y de los cuatro humores hipocrático-galénicos).

En sucesivos encuentros entre los personajes, echa mano de tópicos del clasicismo griego y romano: el sueño como dulce, sabroso, bienaventurado, holganza tan apacible de todas las cosas, (canto I), imagen y semejanza de la muerte (canto II). Encontramos alusiones al sueño como expresión de la fantasía deseada y la realidad como prolongación del sueño:

Esme tan sabrosa tu música, o gallo, que durmiendo te sueño, y imagino que a oírte me llamas. Y así soñando tu canción tan suave muchas veces despierto con deseo que mi sueño fuese verdad o que siendo sueño nunca yo despertasse (canto III).

No falta tampoco la exposición del sueño en cuanto drenaje y evacuación de fantasías temidas: la pesadilla o sueño de angustia (canto XVI): «ansí en sueño me vi en un gran campo tan rodeado de llama que el resuelgo me faltaba, que por un momento que tardaras se me acabara el vivir» (p. 359). En el canto noveno se ilustra la realización de deseos en un episodio ciertamente heterodoxo: una mujer, practicando cohecho con otra, anhela complacer su lujuria, para lo cual encomienda a su sueño la transformación de su compañera de cama en varón. Temas tan escabrosos como la homosexualidad y la concupiscencia de la mujer viuda (condenada moralmente a la castidad obligada de una «segunda doncelléz») (Sánchez, 1996) recurren al ardid del sueño para dar cumplida satisfacción a la necesidad, a la par que burla la censura moral (implícitamente se acepta que el soñador no es responsable ni culpable de lo que sueña).

7.º FRANCISCO MIRANDA VILLAFANE (1580): *Diálogos de la Phantastica Philosophia de los tres en un compuesto, y de las Letras, y Armas y del Honor, donde se contienen varios y apacibles subjectos*. Manuscrito de la Biblioteca Nacional R/5480.

Estos diálogos que se deben a Francisco Miranda Villafañe, *chantre* de la catedral de Plasencia, fueron como *El Crótalon* y tantas otras obras parcialmente un plagio de autores renacentistas italianos que venían proponiendo nuevas cosmovisiones sobre temas tópicos: temas generalmente dialécticos y que se prestan a la polémica. El género dialógico es, pues, el más apropiado y ajustado a esta necesidad de contraponer posturas

(sabiduría *versus* fuerza, armas *versus* letras, honor *versus* libertad, cuerpo *versus* alma, etc.). En sucesivos encuentros al alba, Bernardo se enfrenta y se deja aleccionar por su *Ánima*, que de amanecida le despierta, para requerirle a un camino de mayor virtud y escucha de su espíritu, habida cuenta de su vejez y de la proximidad de la muerte. El primer diálogo se desarrolla en diez estaciones o sesiones que, como en el caso de *El Cróton*, tienen lugar en el momento de despertar. El sueño es utilizado nuevamente como metáfora de la muerte.

El estado hipnoide crea una atmósfera entre dos luces, de una cierta irrealidad que se presta a deambular entre la fantasía puramente imaginaria y la toma de conciencia. El sueño es turbado también aquí por el canto de un gallo (Pico de la Mirandola asigna al gallo un significado esotérico: es la parte divina de nuestra alma). Cada diálogo transcurre paralelamente al despertar gradual de la conciencia. Mircea Eliade atribuye una significación soteriológica al sueño entre los antiguos. Vencer el sueño es una prueba de resistencia iniciática, de fortaleza espiritual, mientras que sucumbir a él demuestra la sensualidad, el primitivismo y la procaz sumisión a las apetencias de la carne. El estado de vigilancia y alerta es más valorado que el de descanso. Varias connotaciones religiosas se desprenden de aquí: hay que estar despiertos, con las puertas de los ojos desplegadas de par en par para poder recibir la luz de Cristo. El despertarse físico es un trasunto simbólico del despertarse a la verdad, a la par que una victoria sobre la muerte. La similitud entre la muerte y el sueño se pone de relieve en una observación de Bernardo: «bien es verdad que el tiempo que se duerme es como perdido, antes es poco menos que si el hombre fuese muerto» (fol. 31v) (vide J. L. Borges, «La metáfora», en *Historia de la eternidad*), o «el dormir te haze semejante a los muertos, y assi algunos le llaman hermano de la muerte...: pues nos priva de todas las obras, y del contento que consiste en el obrar» (fol. 77).

En del diálogo III, el viejo es despertado por su *Ánima* de un sueño placentero en que estaba logrando ordenar y entender algunas de las cosas habladas la víspera. Asigna al sueño, por tanto, una función elaborativa de las ideas, impresiones y fantasías. El sueño amasa los ingredientes de la vigilia y les da una forma nueva provista de lucidez. Dice Bernardo:

no eran sueños de los que otras vezes suelo soñar, que no tienen pies ni cabeça, que comiençan de una manera, y acaban de otra, antes me paresce que estava muy reposado sin turbación ninguna, considerando los razonamientos passados, y se te dezir una cosa, que los he entendido durmiendo, lo que no he hecho velando (fol. 17).

El *Ánima* replica que es ella la que produce los sueños, los cuales proceden:

de otras mis potencias inferiores, y de los spiritus que durmiendo representan las imagines de las cosas, que la fantasia ha imprimido en la sangre. mediante los sentidos. Y

por tanto se sueña de noche, las cosas que se han visto de día, y quando la sangre esta mas alterada entonces se sueñan cosas mas extrañas, y mas desordenadas, como puedes claramente aver conocido en ti mismo, quando esas enfermo, o fatigado dela calentura, o quando alguna vez te has burlado con el vino... (fol. 17v).

Resaltemos varios elementos:

- el sueño está ligado a la imaginativa (potencia anímica inferior), por ser un sentido interno que sirve de enlace entre los sentidos corporales exteriores y el entendimiento, la memoria y la voluntad, que son potencias superiores;
- el sueño consiste en la representación de cosas (imágenes) fijadas en la sangre, que es el vehículo que transporta los humores;
- el sueño siempre trabaja con restos diurnos (sean éstos imágenes o palabras, conexos o inconexos);
- dependiendo del humor dominante y del grado de calor y humedad del cuerpo, cambiará el tipo de imágenes que selecciona y sobreimpresiona el cerebro;
- el desorden, la extrañeza o la incomprensión de las imágenes oníricas están en función del tipo de vida y del grado de salud que se tengan;
- la valoración y el juicio que se hacen del sueño son plenamente naturalistas (bien que con los elementos que a la sazón se contemplaban), en oposición a la interpretación soteriológica que se le diera durante los siglos anteriores.

Sin embargo, se relativiza y hasta trivializa el carácter verdadero del sueño, tratándolo como un producto espurio de la mente que no debe servir de guía de conducta o prescripción moral. El sueño pertenece a la fantasía y sus imágenes son idénticas a las alucinaciones y visiones espectrales de los fantasmas, causadas por el *Ánima* con un fin: transmitir un mensaje importante que el hombre, por su simpleza o cerrazón, no es capaz de ver. Su naturaleza no es tan noble como la del pensamiento racional y espiritual, pues mientras éste parece desligado de las actividades y esclavitudes corporales, el sueño es un producto híbrido en el que la materia procede de los vapores producidos por las digestiones del cuerpo, y la forma (mensaje y carácter) procede del *Ánima*. El cuerpo y sus ataduras son un estorbo para el desarrollo del alma (el dualismo platónico es clamoroso), pero son el caudal de imágenes del sueño. He aquí que el sueño es una forma degradada del intelecto, derivado de la conjunción de su potencia (cuando el hombre está durmiendo y la inteligencia en suspenso) con la imaginación (expresión de los vapores de la digestión corporal): «... mediante el calor natural, hagan cocimiento del manjar, subir la fumosidad a la cabeça, que espesándose, atan los sentidos con que se engendra el sueño» (fol. 43v).

El sueño es tanto más reparador cuando el cuerpo no está en exceso fatigado, o absorbido por pesadas digestiones de comidas y bebidas abundosas, o inmerso en

pasiones enervantes, porque abandona al hombre viejo y le retira el confortamiento y descanso que dormir procura. La razón de esto es, según Miranda, el debilitamiento del calor natural y la falta de humedad (el viejo es frío y seco, según la teoría humoral hipocrático-galénica), de donde sucede que:

el cuerpo no tiene tanto valor (fuerza) para embiar a la cabeça los vapores, que espessados con la frialdad del cerebro, buelven abaxo rehinchendo los lugares, por donde passan los spiritus, que van del coraçon a la cabeça, que engendran el sueño, y si por ventura suben algunos, son tan indigestos y mal purificados que se convierten con el frio del cerebro, en materia gruessa, y en lugar del sueño engendran mil catarros, o flemas, y otras cosas semejantes (fol. 74v).

O, en otro pasaje: «la culpa ha sido las mas de las vezes la frialdad, mas que no la edad» (fol. 83).

¿Qué deducir de todo este discurso? De entrada, que, aunque no del todo noble, sí es una garantía de salud, pues mientras se duerme bien se es joven y sano; cuando la dormición deja de ser suficiente, el insomnio o la excesiva vigilia son precursores de vejez y una causa del advenimiento de enfermedades. La ambivalencia del discurso se expresa en que, si bien dormir y soñar es saludable, resta tiempo y dedicación a la tarea de vivir y meditar (contemplar):

Anima: Sí, porque el sueño es una privación de la mayor parte de nuestras obras, e particularmente de todos los placeres y de todas las palabras nuestras.

Bernardo: Antes es un alivio de todos nuestros cuydados, y un reposo de nuestros trabajos.

Anima: Esso no contradize lo que digo, ni menos prueba que el sueño sea bueno, porque en quanto a mi es molesto, que me priva de poder contemplar, y considerar la naturaleza de las cosas, ocupando las partes necesarias para la contemplacion, y assi no me da reposo, porque no me canso ni trabajo en mis obras, antes quanto mas obro, mas contento tengo porque no soy corporea (fol. 75).

La dialéctica subyacente no es otra que la tópica contraposición entre la bondad, inmortalidad, nobleza y divinidad del alma frente a la maldad, mortalidad, zafiedad y animalidad del cuerpo, trasuntos de la lucidez (vigilia) o de la ceguera e inoperancia (sueño) respectivamente. El sueño es una pasión, fabricada por la fantasía humana. No soñar o tener sueños espantables y desordenados es un aviso de vida irregular o de melancolía de mala complexión o de confusión de ideas. El placer de dormir y de soñar es vilipendiado y escarnecido, señalándose como mal necesario del que fuera mejor no haber menester.

Y hasta aquí llegamos en nuestro recorrido por las teorías onirocríticas del Renacimiento.

Referencias bibliográficas

- CIRUELO, P. (1538): *Reprovación de las supersticiones y hechizerías*. (Ed. de J. L. Herrero), Salamanca, Diputación de Salamanca, 2003.
- GÓMEZ, J. (2000): *El diálogo renacentista*. Madrid, Ed. del laberinto.
- MEXÍA, P. (1540): *Silva de varia lección*. (Ed. de Antonio Castro). Madrid, Cátedra, 1989.
- MIRANDA VILLAFANE, F. (1580): *Diálogos de la Phantastica Philosophia*. Salamanca, imprenta de Matías Gast.
- MONTAÑA DE MONTSERRATE, B. (1551): *Libro de la Anatomía del hombre*. Madrid, Instituto Bibliográfico Hispánico, 1973.
- GRANJEL, L. S. (1980): *La medicina española renacentista*. Salamanca, Ed. Universidad de Salamanca.
- REVERTE, J. M. (1980): *La Antropología médica y el Quijote*. Madrid, Rueda.
- SÁNCHEZ, T. (1996): *La mujer sin identidad. Un ciclo vital de sumisión femenina durante el Renacimiento*. Salamanca, Amarú.
- TORQUEMADA, A. (1553): *Coloquios satíricos*. (Ed. L. Rodríguez Castro). *Obras Completas*, I. Madrid, Biblioteca Castro, 1994.
- (1570): *Jardín de flores curiosas*. (Ed. L. Rodríguez Castro). *Obras Completas*, I. Madrid: Biblioteca Castro, 1994.
- VILLALÓN, C. (1555): *El Cróton*. (Ed. de Asunción Rallo). Madrid, Cátedra, 1990.
- VIVES, L. (1538): *Tratado del alma*. Madrid, Austral, 1957 (3.^a ed).